

Art. 4

Una Gracia perenne

"Apacentaba Moisés el ganado de Jetró, su suegro, sacerdote de Madián. Llévome un día más allá del desierto; y llegado al monte de Dios, Horeb...." (Ex 3,1). Así inicia el relato de un episodio fundamental en la historia de la Salvación. Fue precisamente sobre ese monte, donde Moisés vio una zarza que ardía pero que no se consumía; se aproximó a ella para comprender ese hecho tan insólito. En realidad el evento extraordinario tenía una finalidad más importante: que Moisés se abriera a Dios.

El Señor a menudo se sirve de nuestra realidad humana para comunicarnos un mensaje que penetre en lo profundo de nuestro corazón: "El Señor vio que se había acercado para ver y Dios lo llamó desde la zarza y le dijo: "No te acerques. Quitá las sandalias de tus pies, que el lugar en que estás es tierra santa." (Ex 3,5)".

Podemos enlazar **este episodio con lo que acontece en Medjugorje desde hace 28 años**. Lo que hay de extraordinario en ese lugar, en verdad, no son las apariciones como tales, sino la gracia que éstas generan en el pueblo, en la gente, una gracia que cambia continuamente la vida de mucha gente. Frente a esta gracia sólo se pueden tener dos actitudes: acogerla o rechazarla. Quien la acoge, entra en un proceso interior que lo prepara para los nuevos tiempos - anunciados ya repetidas veces en los mensajes de María - pero que se cumplen antetodo en la persona que deja transformarse. Quien, en cambio, rechaza la gracia, se esconde tras mil excusas y permanece en un vacío, porque la gracia en esta persona no puede obrar y llevar esos frutos que sólo se expresan en una vitalidad espiritual.

El lugar donde Moisés vio la zarza que ardía sin consumirse tuvo un significado profundo en su vida: ese lugar era sagrado y el hombre debía quitarse las sandalias....Frente a Dios y su gracia, no hay tanto en lo que pensar. En realidad con ese gesto Moisés se quitaba *el vestido del hombre viejo*, su concepción del pasado y del futuro frente al Señor que se le revela. Dios es Dios, si podemos así decirlo, y nosotros debemos adaptarnos a Él.

Por esto Medjugorje nos trae una novedad en el punto fundamental de nuestra existencia: nuestra relación con Dios. Medjugorje no tiene necesidad de intérpretes, ni de alguien que nos explique que hacer y como hacerlo - Dios mismo se encarga de ello, tal como ese día en que le habló a Moisés desde la zarza. Y lo hace a través de María, Madre llena de amor, criatura inmaculada que se acerca a nosotros con tanta espontaneidad y nos lleva a una relación inmediata y viva con Dios.

La novedad está precisamente en esto, porque la gracia erradica todo lo que interfiere entre Dios y nosotros, pone en crisis todas las formas de acercamiento a Dios que no den vida, todas las costumbres religiosas pasivas que nos han hecho un poco esclavos. La gracia de Medjugorje no se detiene sobre los hechos extraordinarios, sobre los diversos fenómenos, sino que va más allá. Quien ha acogido esta gracia, ha acogido una llamada para liberar al pueblo

sujeto a esclavitud.

Moisés recibió de Dios mismo la llamada para liberar a su pueblo de la esclavitud de Egipto hacia su faraón. Medjugorje, portanto, no puede ser tierra de faraones, porque es Dios mismo, quien a través de su Madre, nos dona la gracia que libera....Y esta gracia, tan palpable, no se puede recoger en *un cubo* porque su misión es llevar a toda la humanidad a participar en la vida de Dios. De esta manera, el hombre crece, es transformado y liberado de todo lo que le hace esclavo.

La llamada de Moisés se ha cumplido, pero el corazón del faraón ha permanecido cerrado. Negar la gracia significa realmente permanecer en la oscuridad. Acojámos pues la gracia que el Señor en este tiempo nos ofrece en Medjugorje; démos nuestro sí a Dios para que derrote a todo faraón que haya en nosotros.

Hrvoje C'uric'